



Andrés Pérez

Renovador del teatro chileno

Diez años después "La Negra Ester" sigue atando y empujando en escenarios alternativos. Su director, Andrés Pérez Araya, volvió con ella y su mundo al cerro Santa Lucía al que suben viejos y nuevos admiradores. Para demostrar que la vida sigue, presenta también su último estreno: "Madame de Sade" de Yukio Mishima, una inquietante feroz contra la falsa moral. Sus protagonistas son mujeres representadas por varones con trajes y pelucas de extremo barroquismo.

A los 46 años Andrés Pérez todavía parece un muchacho. Alboró el teatro chileno con su incansable imaginación y su actividad artística torrencial y sin pausas. Recorrió grandes espectáculos para encuentros juveniles internacionales al mismo tiempo que proyecta dirigir una nueva ópera o ya concibió otro montaje para cuya marcha sólo le falta dinero.

Es informal en su vestimenta y en sus acciones. Los espectadores apenas lo reconocen cortando boletos o avanzando que la función va a empezar, transformado en acomodador y repartidor de programas. No se hace notar. Al recibir aplausos junto a sus actores, al final de las representaciones, se inclina tímido y confundido.

Nació en Punta Arenas donde su padre era suboficial de la Armada. Su madre estaba enferma de la vesícula y tal vez por eso fue un niño de color amarillo, débil de salud durante los primeros diez años, postado en un sillón junto a una estufa a carbón y lejía. Entre cuatro hermanos varones y una mujer.

"Cuando mi padre jubiló -recuerda- se fue con la familia al norte, a Tocopilla. Allí mejoré. Tal vez me faltaba el sol. Aprendí a leer a los tres años. Leía mucho y escuchaba los relatos de mi padre sobre historias de naufragios y tesoros ocultos. Mi madre leía a Corín Tellado y era muy aficionada al cine".

APRENDIZ DE ACTOR

A los doce años quería ser sacerdote e ingresó al seminario de La Serena. Allí tuvo su primera experiencia teatral. Adaptó una novela cuyo tema era el drama de un niño judío. Fue un éxito. Se dio cuenta que no tenía vocación religiosa y regresó a la vida laica. Estudió contabilidad y terminó sus humanidades en Tocopilla. Un día acompañó a su hermana a un estudio de danza y le entusiasmó la posibilidad de ser bailarina. El padre se opuso enérgicamente. No le pa-

recía un arte varonil y no se habló más del asunto. Cuando dio la prueba de aptitud académica obtuvo el más alto puntaje del norte pero de ahí para adelante debió esforzarse sin ayuda su destino. El padre dijo: "hasta aquí llegamos, ahora ayúdate tú mismo".

Se trasladó a Santiago con la intención de ingresar a la Escuela de Teatro de la Universidad de Chile. Iba a sorprender después de un riguroso examen. Había renunciado "en un rapto de soberbia gratuita" a una beca del Rotary Club y no tenía recursos para financiar sus estudios ni para subsistir.

Se refiere a esos días como a una triste aventura:

"Dormía en hospederías, a veces ni siquiera me daban dinero para la cama y me acogía a las escaleras de las habitaciones del Matro. Apenas comía y era feliz cuando algún compañero me invitaba a su casa o a un restaurante. Felizmente, nuestro profesor de movimiento en la escuela, Patricio Blauer, creyó descubrir en mí a un bailarín y me recomendó para ingresar a la Escuela de Danza de la Universidad de Chile: de la que era profesor y coreógrafo".

EN EL BIM BOM BOM

¿Se olvidó del teatro?

"Al contrario, me pareció que quizás como bailarín podía financiar mi formación de actor. Fui al mismo aventajado de danza clásica. Desarrollé mis aptitudes y posibilidades corporales. Eso me permitió conocer un mundo que siempre está presente en mis montajes".

¿Y qué le condujo al *Bim Bom Bom*?

"En los años 70 era una afamada compañía de revistas, la mejor del *music-hall* chileno, hoy desaparecida. Un día supe que buscaban bailarines y me presenté. Me contrataron sin vacilaciones. Empecé como coreógrafo y al poco tiempo ya acompañaba a las vedettes. Fue una escuela para mí. Sentí gran cariño por los cómicos y las bailarinas de entonces. Una de una calidad fraternal fuera del escenario, donde las cosas no eran siempre color de rosa".

¿El bailarín fue más afortunado que el aprendiz de actor?

"Sí. Me ofrecieron un contrato en televisión para actuar en "Silbidos Gigantes" e hice de telonero de uno de algunos cantantes en el Festival de Viña del Mar. Aparecí en los clubes de teatro tramuchado y ojeroso. Los profesores me reprochaban mis insustancias y descuidos".



"La Negra Ester" ante un numeroso público al cerro Santa Lucía.

¿Tenía amoros?

"Me enamoré de Rosita Ramírez a quien había conocido en el liceo de Tocopilla y que encontré en la Escuela de Danza. Sin pensar mucho nos casamos en 1972. Exactamente el 11 de septiembre de 1973 nació nuestro hijo. Ese día corrí por las calles en medio de la huelga y la ocupación militar de Santiago con un atado de patatas para el recién nacido".

¿Qué pasó después?

"Dijeron que se habían perdido mis papeles en la Escuela de Teatro y en la de Danza, y me dejaron fuera sin opción. En 1974 no hicimos nada. Vivimos en una comunidad de pintores, poetas, actores solitarios y perseguidos. Aprendamos una casa vieja e instalamos una olla común. Fue un año sin teatro con toque de queda, desaparecidos, detenciones en la noche. Nos apoyábamos mutuamente, socializábamos nuestros escasos recursos. Fue una hermosa experiencia de sobrevivencia".

¿Regresó a la Escuela de Teatro?

"Me cupiste en regresar. Me encontré con casi toda la generación del actual teatro chileno. En 1975 me separé de Rosita Ramírez de quien soy un fiel amigo. La elegí después como la heroína de "La Negra Ester".



ANDRÉS PÉREZ en su papel de travesti en "La Negra Ester".

ter" y es difícil concebir a una protagonista mujer".

LA ILUSIÓN DEL TEATRO

En 1977 egresó de la Escuela de Teatro y fue director de un grupo infantil. Escribió un drama, "Las del otro lado del río", de fuerte crítica social. El teatro esperaba a levantar cabeza en medio de la estricta censura que imponía la dictadura. Los mejores actores no tenían trabajo en ninguna parte. Faltaban listas negras en la televisión y en los teatros universitarios. No obstante, el teatro se fue convirtiendo en una especie de espejo alejórico de la realidad del país. Los actores trabajaban en cooperativas y conquistaban un público creciente que empezaba a perder el miedo.

"Más que actor me gustó ser director porque eso reúne la danza, la dramaturgia, la narrativa. Tales elementos son la esencia con la que uno puede moldear un espectáculo que debe materializarse y perfeccionarse hasta el día del estreno y aún después", dice Pérez.

¿A esas edades consideraba que ya no tenía nada más que aprender?

"No. Soy un aprendiz permanente y nunca quise jactarme de saberlo todo. En la Universidad conocí al director Fernando González que había sido llamado por el Ministerio de Educación para crear un teatro itinerante destinado a divulgar a los clásicos con fidelidad pero con un estilo moderno y dinámico. Elegí "Romeo y Julieta" y me pidió ser su *exponente* de dirección y además el coreógrafo de las danzas y movimientos".

¿Fue una buena experiencia?

"Realizamos giras por todo el país y fue hermoso encontrarme con jóvenes a quienes la tragedia de Romeo y Julieta les conmovía hasta las lágrimas y que sentían que Shakespeare hablaba por ellos. Ahí sentí el primer impulso para hacer teatro callejero, sin cortinas, sin escenografía, apoyado sólo en la ilusión del teatro".

¿Quería ilusionar el aquejón cultural?

"Por cierto. Pero no se trataba sólo de una provocación. Me dedicaba antes al estudio del teatro callejero y me di cuenta que ilustres autores presentaban en otros tiempos sus obras en la vía pública. En Chile uno de sus precursores fue Luis Emilio Recabarren. En el norte educaba a los obreros con piezas que escribía él mismo o autores como Antonio Acevedo Hernández".

¿Cuándo y dónde debutaron?

"Debutamos en el centro el 24 de diciembre de 1983. Estaba prohibido meter gente en la calle. Nos podían meter presos como linchamientos o agitadores políticos. Ese día realizamos seis funciones en diferentes arterias. Las obras duraban poco y eran creaciones colectivas con muchachos en zancos, ruidos y trajes de vivos colores. Reunimos multitudes".

¿Actuaban sólo en el centro?

"Nos instalamos en casi toda la ciudad, en Las Rejas, en la Vega, en Tobalaba, en las poblaciones de la periferia. Eramos unos quince actores. Nos dimos cuenta que la guitarra del conjunto no se escuchaba y que era mejor actuar con instrumentos de percusión. También era necesario que los colores de los trajes fueran fuertes para que se vieran desde lejos".

¿Y nada les ocurrió con la policía?

Renovador del teatro chileno [artículo] Luis Alberto Mansilla.

Libros y documentos

AUTORÍA

Pérez, Andrés, 1951-2002

FECHA DE PUBLICACIÓN

1999

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Renovador del teatro chileno [artículo] Luis Alberto Mansilla. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile